

Escritor alemán, ex juez del Tribunal Constitucional de Renania del Norte-Westsfalia y actualmente profesor de Filosofía del derecho en Berlín y Nueva York. Su carrera como escritor comenzó con novelas policíacas, pero cobró fama mundial con el bestseller *El lector*, que narra el famoso romance de posguerra entre un adolescente y una mujer de pasado nazi. Este libro fue traducido a más de cincuenta lenguas y llevado al cine en 2008 por el británico Stephen Daldry.

La decadencia del imperio alemán
por Claudio Zieger (Página 12, 2011)

El notable Bernhard Schlink, siempre entre la Justicia y la literatura, entrega una novela en la que revisita, a través de un ex guerrillero alemán encarcelado durante veinte años, los años '70, la militancia política, la conciencia moral y las consecuencias en un mundo que no volvió a ser el mismo después del 11-S.

Para los innumerables lectores de *El lector*, y también para quienes se hayan asomado a alguna otra obra de Bernhard Schlink, como los relatos de Amores en fuga, la novela *El regreso* o incluso los policíacos de la serie de Selb, no habrá mayores sorpresas. La última novela del destacado escritor alemán, *El fin de*



Tertulias Literarias



**Bernhard
Schlink**
*Das
Wochenende*

Roman · Diógenes

semana, combina una estructura de relojería –precisión, análisis fino, cruce de mirada telescópica para la historia y el microscopio aplicado a las conductas y vínculos humanos– con la capacidad de seguir los acontecimientos para describirlos en el momento de desborde sin desbordar el lenguaje, una suerte de narración dique que lo vuelve tan acerado como atractivo.

Lejano descendiente, pero pariente al fin, del romanticismo alemán, hombre de leyes y letras, Schlink ha logrado mantener una calidad y dignidad estéticas aunque nunca haya rechazado los desafíos de inventar tramas como guiones de cine o TV, llenos de golpes de efecto y escenas reveladoras. En *El fin de semana*, una vez más, el cocktail es explosivo: un ex miembro de la Fracción del Ejército Rojo – guerrilla urbana que nació a fines de los años '60 en Alemania y fue responsable de numerosos atentados, secuestros a empresarios y políticos, robos a bancos, en nombre de la lucha antiimperialista y anticapitalista, hasta que se anunció su disolución, el 20 de abril de 1998– sale de prisión después de haber estado encerrado por más de veinte años, merced a un indulto presidencial. Ya ha pasado el atentado a las Torres Gemelas, pero el “terrorismo internacional” es el ineludible contexto para esta novela que, desde una realidad diferente de la de los países latinoamericanos, también revisita los '70, tan en boga. La hermana mayor de Jörg, quien con el correr de los capítulos se revelará como una pieza clave en su detención, le organiza un fin de semana de transición entre la cárcel y la nueva vida, en la rústica casa de fin de semana que ha comprado en pleno campo junto a una amiga con la que también comparte departamento urbano. Y para darle la bienvenida, convoca a los viejos amigos de la universidad y la militancia de su hermano; algunos se han vuelto más o menos burgueses y profesionales, exitosos y conflictuados, todos son sobrevivientes de ese pasado que los tiene de testigos y



Tertulias Literarias

rehenes emocionales. Y no faltará el cuadro militante de la nueva izquierda y un hijo pródigo de regreso.

El planteo escénico dramático que hace Schlink no puede ser más atractivo: tres partes (“Viernes”, “Sábado” y “Domingo”), con un clima que remite a las novelas de escenario único de Agatha Christie –como *Los diez negritos* o *Crimen en el Orient Express*– y también a la recordable película de Denys Arcand, *La decadencia del imperio americano*; a pesar de su estructura policial, se trata más bien de saber qué va a ser del asesino, y no de quién es el asesino.

La novela avanza traccionada por capítulos breves, escenas y momentos que van desplegando la situación de los diferentes personajes, además del texto que uno de ellos, Ilse, escribe acerca de un compañero que se suicidó años atrás y a quien ella imagina muriendo (o no) en el atentado a las Torres. Al principio, se puede llegar a tener la impresión de que Schlink nos lleva de la mano y de las narices hacia un teorema moral. ¿Está bien responder a la violencia con violencia? ¿Debe un guerrillero persistir en sus principios y dogmas aunque haya sido indultado? ¿Debe arrepentirse de lo que se consideran sus crímenes por una cuestión moral o porque admite que esos crímenes no sirvieron para nada? ¿Puede considerarse la traición como un profundo acto de amor? Los interrogantes que sobrevuelan son muchos, pero a decir verdad, cada vez más nos iremos apartando del dilema ético para enfrentarnos a algo más oscuro y desordenado. También nos iremos apartando de la ideología, que ya hacia el final de la novela aparece cubierta de polvo, vetusta, anacrónica.

Las revelaciones finales demuestran que estaba en juego algo más simple y, a la vez, sólido: los cimientos verdaderos de la acción política, la juventud, el amor, la amistad. Jörg no es un hombre acabado por lo que aparece en la superficie, y resulta bastante indiferente al final si su arrepentimiento es o no



Versión
cinematográfica de
“El fin de semana”,
dirigida por Nina
Grosse en 2012



Tertulias Literarias

BERNHARD SCHLINK

El lector

M
ANAGRAMA
Fuerzas de narración

genuino. Más que un teorema moral, entonces, *El fin de semana* brilla como una novela de ideas llevada adelante por personajes que pronto se cansan de la dialéctica y la conversación y se sorprenden atrapados por los ruidos y estímulos de la naturaleza en pleno campo, en pleno bosque, en esa selva tan alemana. Probablemente ninguno de ellos llega a una verdad revelada sobre sus existencias después de pasar un fin de semana juntos y amontonados, pero es obvio que saldrán transfigurados de ahí. Y en parte los lectores, obligados a pensar sobre temas incómodos del pasado y del presente, también. Una novela, si se quiere, sobre el 11 S sin paranoia ni mala conciencia.

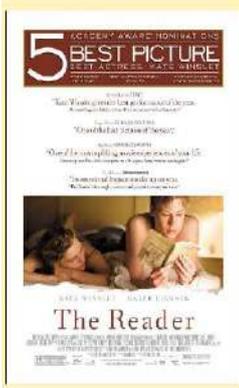
No se trata del impacto irrepetible de *El lector*, pero *El fin de semana* es una novela más que satisfactoria, una equilibrada sentencia sobre la política de los '70 de parte de un escritor que además es juez, o de un juez que además ha escrito unos libros notables.

<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-4277-2011-05-22.html>

"El fin de semana"

por Rafael Fuentes (El Imparcial, 2011)

El polifacético escritor suizo Friedrich Dürremant actualizó para la cultura en alemán el conflicto entre la "ley" y la "justicia", con pesimistas expectativas ante su posible armonización. Bernhard Schlink (Bielefeld, 1944), novelista, pero también profesor de Derecho y juez, entronca de nuevo con esa confrontación entre lo legal y lo justo, que alcanzó la fama internacional con *El lector*, novela merecedora de abundantes galardones -y llevada al cine por Stephen Daldry en un bellissimo filme, que volvía a mostrar las tensiones y contradicciones entre "ley" y "justicia" en un proceso sobre la memoria histórica alemana. En *El lector*, Michael Berg, estudiante de Derecho, debe acudir a un juicio donde se reencuentra sorpresivamente con su madura amante Hanna, acusada ahora de

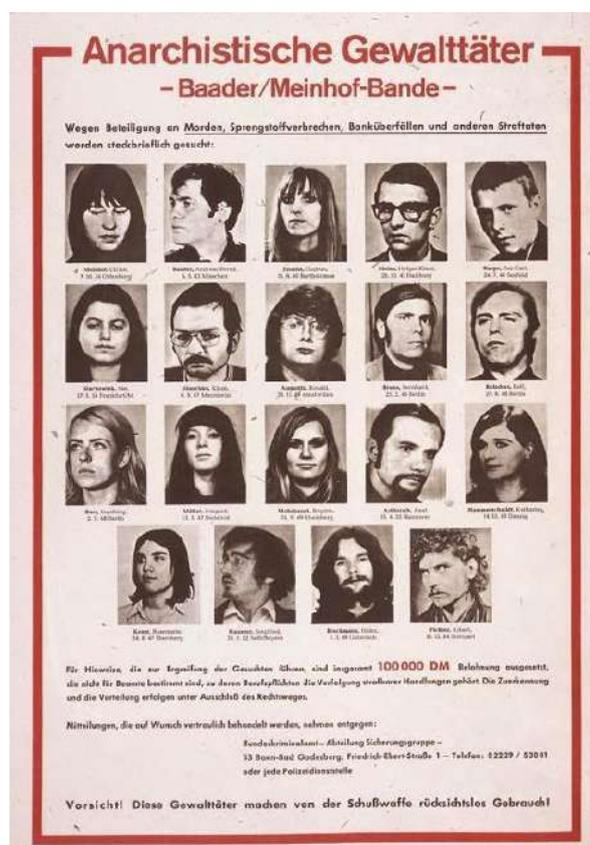




Tertulias Literarias

crímenes de guerra nazis. El caso es claro y a la vez confuso, pues unos hechos que a los ojos de una ley genérica – y más aún, a los ojos de los juicios paralelos de los medios de comunicación sensacionalistas- exigen una expeditiva condena, la mirada de una auténtica justicia se encuentra con la inmensa complejidad del caso concreto, cuya resolución nos obliga a revisar todos nuestros principios y desechar todos nuestros automatismos y prejuicios esquemáticos. Aquí triunfa el Schlink novelista sobre el Schlink juez, sin que en ningún momento se deje de perseguir la verdad y dilucidar cuál es la auténtica justicia que merece una Hanna de poliédrica complejidad. El drama de la protagonista se resolvía con la categórica imposición de la ley y nos dejaba con la impresión de que la justicia había sido pisoteada en el caso concreto de Hanna, al unísono víctima y verdugo.

Ahora Schlink retorna a otra hiriente memoria histórica de su país, más cercana pero igualmente envuelta en tabúes y prejuicios, como fue la actuación de la [Fracción del Ejército Rojo \(más conocida como la banda Baader-Meinhof\)](#), grupo terrorista que nació a finales de los años sesenta en Alemania, responsable de numerosos atracos a bancos, secuestros y atentados, con resultados mortales, bajo la coartada de la lucha anticapitalista y antiimperialista, hasta que se disolvió en 1998. Así, en El fin de semana, un grupo de antiguos amigos se reúne en una casa de campo para pasar juntos viernes, sábado y domingo (cada uno de los tres capítulos de la novela se corresponde con esos días), recordando viejos tiempos. Pero no es un encuentro cualquiera, pues uno de los asistentes es Jörg, ex miembro de la banda Baader-Meinhof, que, tras permanecer más de veinte años en prisión, acaba de quedar en libertad gracias a un indulto solicitado al presidente germano y que éste le ha concedido. La hermana de Jörg, Christiane, que parece profesarle una incondicional devoción, es quien ha organizado el encuentro. De esa forma, la “idílica” casa de campo alberga a una serie de personajes, además de Jörg y su hermana, muy bien caracterizados por Bernhard Schlink. Entre ellos, Ulrich,



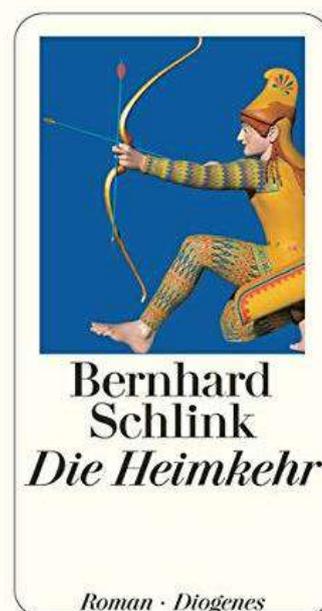


Tertulias Literarias

acaudalado empresario, con su mujer y su ingobernable y promiscua hija adolescente; Henner, periodista de éxito, Andreas, abogado de Jörg; Karin, pastora protestante y su marido; Ilse, profesora de instituto, que quiere dedicarse a la literatura, y en esos momentos está escribiendo una obra inspirada en los atentados del 11-S en Nueva York, y Marko, un joven radical que intenta convencer a Jörg para que vuelva a “la causa”. A estos se une Ferdinand, hijo de Jörg, criado por sus abuelos.

Lo que estaba ideado como un tranquilo reencuentro, tamizado por la nostalgia y la alegría de recuperar a una especie de “hijo pródigo”, va convirtiéndose en un explosivo cóctel, que encierra un cúmulo de tensiones y reproches –tanto directos como expresados a través de silencios, a veces más elocuentes que las propias palabras- perfectamente dosificados a lo largo del relato y que estallan con milimétrica precisión. Especialmente tirante es el enfrentamiento entre Jörg y su hijo, que simboliza un choque mayor entre generaciones. Es indispensable resaltar la acusación que lanza a su padre, pues toca de lleno esa exploración del pasado colectivo de sus compatriotas que Schlink realiza, y que tan patente está en toda su obra. No sólo en *El lector* y *El fin de semana*, sino también en *El regreso* –centrada en la historia de un soldado alemán, combatiente en la Segunda Guerra Mundial-, e incluso en la serie de novelas policíacas, protagonizadas por el detective Selb: “*Tienes –le dice Ferdinand a su padre- la misma incapacidad para la verdad y el dolor que tenían los nazis.*

No vales ni un céntimo más que ellos, ni cuando asesinaste a esas personas, que no te habían hecho nada, ni después, cuando sigues sin comprender lo que hiciste. Vosotros os escandalizabais ante la generación de vuestros padres, la generación de los asesinos, pero os habéis vuelto igual que ellos. Tú deberías haber sabido lo que quiere decir ser un hijo de asesinos, y sin embargo te has convertido en un padre asesino, en mi padre asesino. Por lo que dices y demuestras, nada de lo que hiciste te produce lástima. Sólo lamentas que las cosas salieran mal, que te atraparan y tuvieses que ir a la cárcel, sólo te das lástima tú”.





Tertulias Literarias

¿Es cierta esta dura recriminación? ¿El ex terrorista Jörg únicamente se lame las heridas, con solamente un arrepentimiento formal para conseguir salir de prisión? En su caso, la ley se ha cumplido, pero ¿también la justicia? Ley, perdón y justicia entran de nuevo en una antagónica colisión ante la figura de este criminal.

Bernhard Schlink no hace simplificadoras novelas de tesis, huye de las figuras de cartón-piedra. Le interesa sobre todo remover las conciencias, situar a los individuos y a las colectividades ante sus contradicciones, confrontándolas a unas heridas del pasado que siguen muy vivas. Se ha señalado que los personajes de *El fin de semana* se acercan a los de una pieza de *kammerspiel*, movimiento teatral y cinematográfico alemán que buscaba la absoluta proximidad con el público. Esa proximidad, sin duda, la percibimos en este relato, y, en general, en toda la clarividente producción de Schlink, donde, ante todo, sobresalen la agudeza, pericia e inteligencia de sus diálogos. Los dilemas morales, los complejos interrogantes que desazonan a sus personajes son también los nuestros. Porque, más allá del caso concreto alemán que Schlink explora, en una sociedad donde la culpa está muy presente, aquello que plantea en sus novelas reviste un alcance universal: *“Los estratos de nuestra vida reposan tan juntos los unos sobre los otros que en lo actual siempre advertimos la presencia de lo antiguo, y no como algo desechado y acabado, sino presente y vívido. Lo comprendo. Pero a veces me parece casi insoportable. Quizá sí escribí la historia para librarme de ella, aunque sé que no puedo”* reflexiona Michael Berg, en *El lector*, poco antes de visitar la tumba de Hanna, su antigua amante. El filme de Stephen Daldry añadía algo más a través de una potente metáfora visual: convertía esa tumba en un dudoso lugar de espera donde recibir una definitiva justicia de una divinidad silenciosa.

<https://www.elimparcial.es/noticia/88389/los-lunes-de-el-imparcial/bernhard-schlink:-el-fin-de-semana.html>



El terrorismo y la derrota por Aretino (Crítica de Libros)

Ya lo sabéis: en esta web tenemos verdadera debilidad por Bernhard Schlink, un autor que se permite decir cosas que nadie dice, de un modo absolutamente sutil, y con una fuerza narrativa difícil de superar. Nos gustó en *El Lector*, nos gustó en la saga de Selb, y nos gustó aún más en *El Regreso*, una de las novelas más críticas con lo que realmente es la sociedad actual de las que hemos leído en los últimos años.

La trama, siempre inquietante, aborda en esta ocasión el fin de semana que pasa un grupo de amigos para celebrar que después de veinte años uno de ellos ha salido de la cárcel, condenado por terrorismo. Se trata de aquellas bandas terroristas alemanas de extrema izquierda que operaron en los años ochenta: la Fracción del Ejército Rojo, o Baader Meinhoff.

En otros tiempos, todos los que se reúnen este fin de semana participaron en el ideal de lucha revolucionaria, pero sólo uno de ellos acabó integrándose en el grupo terrorista y ahora se ve en la disyuntiva de reafirmarse en lo que hizo, aunque el fracaso haya sido absoluto y en todos los frentes, o renunciar a sus ideas de entonces, lo que equivale a reconocer que ha desperdiciado su vida entera, la de los demás, y todas sus oportunidades.



Hay que tener en cuenta para entender este libro que el fracaso de la extrema izquierda alemana bate absolutamente todos los records, porque no sólo no consiguieron nada con sus atentados terroristas, sino que además vieron como la alemania socialista, la RDA, se desmoronaba pro completo y se integraba en la República Federal. No sólo no pudieron hacer la revolución en la alemania Occidental, sino que vieron como la otra se pasaba al capitalismo.



Tertulias Literarias

Y esa es parte de la sutileza de esta novela, de esa sutileza venenosa a la que nos ha acostumbrado Schlink, porque los amigos se reúnen en una antigua casa solariega en Brandeburgo, en lo que fue la RDA, y se reúnen para discutir si valió la pena su lucha revolucionaria cuando todo a su alrededor, desde la propia casa, a los caminos, a los tendidos de la lucha les dicen que el fracaso de su ideal no conoció límite alguno. En un momento dado alguien sugiere que bien podría reunirse con un grupo de ancianos nazis, porque sólo ellos entenderán su intento de justificarse en lo que fue una derrota sin paliativos.



Fotograma da película
“Das Wochenende” (El fin
de semana)

Tratando de buscar una cara amable a la reunión, el grupo habla de lo que fueron aquellos tiempos, pero eso también les avergüenza, porque al fin y al cabo todos los integrantes de la célula revolucionaria eran hijos de buenas familias, salvo una de las chicas, que era hija de un humilde lechero y que, al tener que ganarse la vida y no disponer de tanto tiempo libre como el resto para dedicar a la revolución, se vio apartada del grupo. El apelativo de «la lecherita», con el que todos la conocían, pesa ahora sobre ellos como una losa.

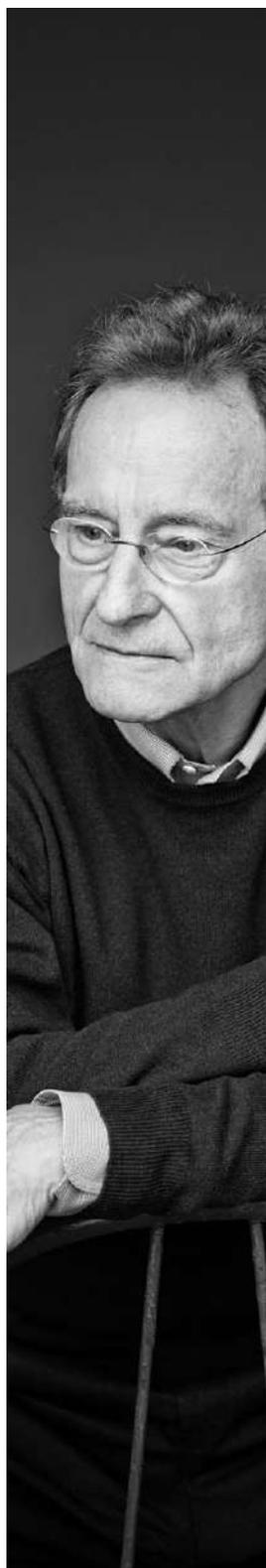
Pero aunque es una novela de gran trasfondo político, no se trata de una novela política. El gran problema es el elemento humano. La vida perdida del terrorista, las vidas perdidas de sus víctimas, los intentos desesperados de algunos por seguir utilizando su imagen para continuar una lucha ya perdida, el rencor del hijo al que casi no conoció, y sobre todo, ante todo, el terror al tiempo perdido y la sinrazón de lo que no sirvió de nada.

<https://www.criticadelibros.com/drama-y-elemento-humano/el-fin-de-semana-bernhard-schlink/>



Bernhard Schlink: la memoria de una generación

Entrevista para "La Nación" por Victoria Pérez Zabala (abril 2020)



El creador del best seller *El lector* visitó Buenos Aires en 2017 y contó de qué manera el pasado de su país está siempre presente en su obra y por qué, para él, ser alemán es una carga

Si al leer sus historias uno imagina un autor sombrío, ensimismado, atormentado por los fantasmas de un pasado oscuro, todos esos prejuicios desaparecen al conocerlo en persona. El hombre alto y espigado que ahora ofrece cortésmente una silla es Bernhard Schlink. Con voz cálida, el autor de *El lector* y uno de los hombres fundamentales de la literatura alemana contemporánea, comienza la entrevista preguntando por la vida de quien se sienta a su lado.

Es su segunda visita a Buenos Aires; de la primera, hace más de diez años, guarda un recuerdo especial. "Atardecía en San Telmo. Estaba sentado en una plaza. Alguien tocaba una guitarra. Veía a los perros pasar. Y las casas tan hermosas. Un momento mágico, como estar en este mundo, pero con un pie en el otro", describe el escritor y jurista alemán de 72 años, que menciona varias veces la ciudad en su última novela, *Mujer bajando una escalera*.

A fines de los años 90, Schlink se desempeñaba como juez del Tribunal Constitucional de Renania del Norte y enseñaba derecho en la Universidad de Humboldt, en Berlín. Tenía una vida armada y, sin embargo, comenzó a sentir que algo faltaba. Como describe en el cuento *Temporada baja*: "Durante mucho tiempo no ocurre nada y, de repente, experimentamos una sorpresa, tenemos un encuentro, tomamos una decisión y ya no somos los mismos de antes".

Para llenar ese vacío intentó con varios pasatiempos. Si se hubiera conformado con esas búsquedas, entre ellas la orfebrería, práctica en la que se volvió experto, no tendríamos sus historias. No habría



Tertulias Literarias

surgido *El lector*, el bestseller mundial y clásico de bibliotecas traducido a más de 30 idiomas. Tampoco la película inspirada en la novela, por la que Kate Winslet alzó su primer y único Oscar a mejor actriz, interpretando a Hannah, aquella guardiana de los campos de concentración nazi que pedía que le leyeran en voz alta los clásicos de la literatura.

No sólo en *El lector* –El que lee en voz alta en su traducción exacta–, Schlink explora la memoria colectiva alemana dejando al descubierto la herida aún abierta. La mayor parte de su literatura se encuentra atravesada por el pasado alemán, siempre oscureciendo el presente de sus personajes principales. Al momento de narrar, el autor que ejerció como juez durante 18 años deja de dictar sentencia y pasa a presentar diferentes dilemas morales con una escritura elegante y sencilla. Una madre que un día se despierta y se da cuenta de que ya no quiere más a sus hijos y que fue sólo el deber lo que la mantuvo unida a ellos; un hombre que al enviudar descubre la vida secreta de su mujer y le escribe cartas al amante para saber qué pasó entre ambos; un amor sensual entre un adolescente y una mujer mayor con un pasado nazi. Lo complejo está en los cuestionamientos que emergen de sus relatos y ubican, esta vez, al lector como juez. En el universo Schlink amar es siempre complicado.

Sus historias suelen estar colmadas de preguntas sobre el amor, la moral, la culpa y la mentira. ¿Usted se hace a sí mismo esas preguntas?

No siento que yo me haga esas preguntas, sino que son preguntas que ya están ahí y me encuentran. Creo que la literatura nos ayuda a ser humanos y el derecho nos enseña a ser humanitarios. La literatura es importante para entender quiénes somos. Cuando leemos, cuando escribimos, jugamos con diferentes opciones, posibilidades y oportunidades. Y de esta manera entendemos más quiénes somos.

A sus 42 años, mientras escribía *El lector* trabajaba como juez y como profesor de derecho. ¿Qué fue lo que encontró en la literatura que no podía ofrecerle el mundo de las leyes?

Hablamos ya de vivir con alternativas. Leemos porque una vida no es suficiente para nosotros. Escribimos porque una vida no es suficiente para nosotros. El arte nos ayuda a entender quiénes somos en profundidad. Y el derecho, más allá de lo



Tertulias Literarias

importante que es, no lo logra. La literatura enseña sobre las posibilidades de la naturaleza humana y las leyes sobre las limitaciones. En algún momento sentí que algo faltaba en mi vida.

¿Qué es lo que más disfruta del proceso de escribir ficción?

Me divierto mucho escribiendo. Tiene esos momentos de escapismo. Cuando escribo, desaparezco en mi mundo, con mi gente y mis oraciones. Amo las oraciones, las buenas. Una vez que termino mi manuscrito se lo doy a mi hermana, a mi hijo y a dos viejos amigos. Únicamente se lo entrego a mi publicista cuando ellos ya lo aprobaron.

Alguna vez dijo que no le gusta la escritura críptica. ¿Qué tipo de reglas sigue al momento de escribir?

Para el lector no debería ser difícil leer un capítulo. Lo que debería ser difícil es entender a los personajes, lo que están viviendo, lo que significa. La lectura debe ser simple; la complejidad debe estar en los personajes. Es lo que trato de hacer.

¿Comparte cierta manera de mirar el mundo, a veces nostálgica, otras rumiante, con los protagonistas de sus historias? Por ejemplo, con el de su última novela, el joven abogado de *Mujer bajando una escalera...*

Hay algo de mí en cada uno de mis personajes. No sé si nostalgia, pero quizás un poquito. En cuanto al protagonista de mi última novela, creo que lo entiendo bien. Es exitoso, funciona muy bien y, de alguna manera, se olvida de lo que en realidad está haciendo. Creo que éste es el peligro para muchos abogados. Para los que ejercen en el mundo de las fusiones y adquisiciones, para quienes se dedican al derecho corporativo. Esa vida de viajar de aquí para allá, pasar las noches en hoteles.





Tertulias Literarias

Quizá nunca se preguntan si están realmente interesados en quién adquiere tal empresa o tal otra. Claro que no lo están. Pero disfrutan de ser exitosos en lo que hacen. Conozco lo que les pasa por haber vivido en ese mundo, a pesar de no haber practicado nunca como abogado.

¿Cuáles son los libros que más lo influyeron?

De las lecturas que me acompañaron en mi adolescencia recuerdo *Rojo y negro*, de Stendhal, *Guerra y paz*, de Tolstoi, y algunas lecturas de Theodor Fontane [novelista y poeta alemán]. La literatura del siglo XIX es todavía la que más me gusta.

¿Conoce la obra de Jorge Luis Borges?

Sí, la conozco y me gusta. Me gustaría poder leerlo en su idioma porque sé cuánto se pierde con la traducción.

¿Se encuentra trabajando en una nueva novela?

[Asiente en silencio]

¿Puede adelantarnos algo?

Schlink niega con un gesto. Como quien guarda un tesoro, el autor de *Amores en fuga* es muy reservado en cuanto al proceso creativo. Prefiere que algunos interrogantes sobre su obra permanezcan en secreto, como el del nacimiento de Hannah, su personaje más complejo que conmueve y perturba al mismo tiempo. Otros autores contemporáneos eligen compartir los ritos y el camino recorrido hasta llenar la página en blanco. Como Haruki Murakami, quien en su reciente ensayo *De qué hablo cuando hablo de escribir* detalla cómo, cuándo y dónde comenzó su novela *Tokio Blues (Norwegian Wood)*. Ahora sabemos que la escribió sentado en el asiento de un ferry y en mesas de cafés, sobre un cuaderno barato y con una birome marca Bic.

Schlink se anticipa y dice que no tiene lápices especiales, ni momento o lugar particular para sentarse a escribir. Las ideas lo encuentran, los personajes se le



Tertulias Literarias



aparecen y eso es todo lo que puede decir al respecto. "Quizás tenga que ver con que empecé a escribir cuando era juez y profesor. Lo hacía únicamente cuando tenía tiempo. No sé de dónde vienen mis historias. Tengo la sensación de que vienen a mí. Es un regalo y no sé quién me lo dio. Es un trabajo muy placentero", dice con la sonrisa tímida que ensaya cuando se queda sin respuesta.

No sucede lo mismo cuando el tópico es el pasado alemán. Entonces las palabras fluyen de su boca de labios finos; la sonrisa cortés desaparece. Schlink es un referente al momento de revisar los escombros. Entre sus escritos figuran ensayos sobre la culpa, la política, la moral y la fe, a los que se suman sus investigaciones jurídicas centradas en los derechos fundamentales, la historia y la filosofía. Ahora, el autor de *El regreso* acomoda sus anteojos y agudiza la mirada; esos ojos claros han visto y leído demasiado sobre los horrores del Tercer Reich.

Alguna vez dijo que para su generación (la de aquellos nacidos cuando terminaba la Segunda Guerra Mundial) el pasado seguía estando muy presente. ¿Sintió la obligación moral de escribir sobre aquellos años?

No necesité sentir una obligación; el tema estaba simplemente tan presente y no sólo para mí. No conozco a nadie de mi generación que de alguna u otra manera no haya intentado averiguar sobre el pasado: si era un médico en un hospital, se preguntaba, qué hizo mi hospital durante esos años. En algún punto queríamos saber en qué tipo de institución estábamos.

¿Qué significa ser alemán para usted?

Es una carga. Es mucho más pesada que la que sentirá la nueva generación. No es lo mismo si es tu padre, tu abuelo que viste cuando tenías cinco años, o tu tatarabuelo que nunca conociste, en cuanto a cómo uno queda enredado en esa culpa. Es una gran diferencia. Alemania cambia y se convierte en un país en el que la sombra del pasado es cada vez menos importante. Es bueno ver cómo los



Tertulias Literarias

estudiantes alemanes viajan por el mundo y, si bien no tienen el mismo sentimiento de culpa que tenemos nosotros, entienden que deben actuar con cierto tacto. Si un estudiante polaco se les acerca para hablar con ellos del pasado, deben tratarlo con respeto.

¿Piensa que la culpa colectiva alemana va a desaparecer?

Cuando nuestra generación albergó a los perpetradores de los crímenes y los mantuvo dentro de la comunidad, con solidaridad y hasta con amor en algunos casos, quedamos enredados en la culpa. La siguiente ya no los conocía de la misma manera, así que la culpa colectiva alemana va a desaparecer.

Nacido en 1944, en Bielefeld, una ciudad al norte de Alemania, Schlink creció en una ambiente donde la religión y la ética eran importantes y en una época en que los principios eran puestos a prueba. Su padre, un teólogo protestante, fue echado de la cátedra en la universidad donde enseñaba por estar en contra del régimen nazi. Fascinado por el sentido de la justicia, Schlink estudió y se aferró a las leyes hasta convertirse en profesor de derecho constitucional y de filosofía del derecho. Luego, en 1998, fue elegido juez.

¿Cuál es su opinión de la naturaleza humana para intentar comprender cómo y por qué pudo ocurrir el Holocausto?

Lo que hace a la naturaleza humana grandiosa y peligrosa es que se puede adaptar a casi todo. Hay que leer lo escrito por Christopher Browning (historiador del Holocausto, que en su libro *Aquellos hombre grises* se ocupa de los ejecutores directos de las grandes matanzas nazis). Una vez que cruzás la línea, en cierto momento, se convierten en números. Pienso que la naturaleza humana es capaz de hacer cualquier cosa. Por eso las instituciones son tan importantes. Cuando miro hacia atrás al nacionalsocialismo, lo que más me atemoriza es lo fácil que avanzaron. Teníamos instituciones políticas, universidades, sindicatos, la iglesia, partidos, y eso nos daba la sensación de vivir bajo una sólida capa de hielo. Y llevó solo un año para que todo colapsara. El hielo era mucho más fino de lo que pensábamos. Y actualmente tenemos estas olas de populismo y nacionalismo con tendencias totalitarias y, de nuevo, estoy asustado por lo fácil que es para ellos

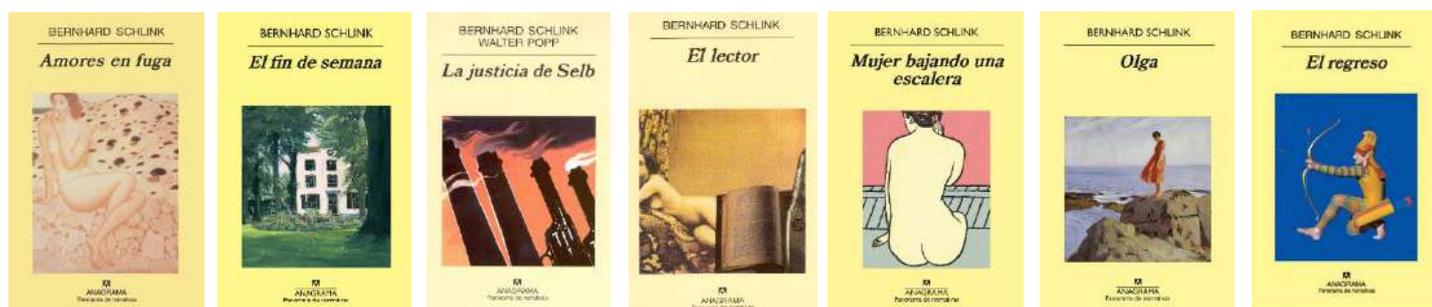


Tertulias Literarias

avanzar. Lo que protege a la naturaleza humana son las buenas instituciones que crean, pero a la vez éstas peligran todo el tiempo. Hay que cuidarlas.

<https://www.lanacion.com.ar/cultura/bernhard-schlink-leemos-porque-una-vida-no-es-suficiente-nid2031415/>

Libros de Bernhard Schlink nas Bibliotecas de Oleiros:



Para saber más:

[Bernhard Schlink: "La sombra del nazismo sigue ahí" \(El Periódico, 2019\)](#)

[Bernhard Schlink: "Si aquellos que cometieron crímenes monstruosos fueran monstruos, el mundo sería fácil" \(Infobae, 2017\)](#)

[Bernhard Schlink: "La educación no inmuniza contra el fanatismo y la brutalidad"](#)

[Bernhard Schlink: "No puedo imaginarme la vida sin contar historias" \(El Diario, 2016\)](#)

*O copyright das imaxes utilizadas pertence aos/ás seus/súas respectivos/as autores/as



2021-2022